

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día sétimo.
Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

SERMON para la Octava del Corpus.

*Mayorem hac dilectionem
nemo habet.*

JOAN., XV, 13.

*Populus veró meus obli-
tus est mei diebus innume-
ris.*

JEREM. II.

Hoy termina toda la solemnidad del triunfo de Jesucristo; hoy es el último día de la Octava que constituye la fiesta del Augusto misterio, la mas tierna, la mas espléndida, la mas célebre de todas las solemnidades.

El objeto de estas hermosas fiestas no es otro que Jesucristo sacramentado, Jesucristo en el sublime trono de su amor. Nada mas grande, nada mas tierno, nada mas divino que el Santísimo Sacramento del altar, fin de todos los sacramentos, medio seguro y eficaz para llegar á la cumbre de la perfeccion cristiana, principio y origen de todas las virtudes, manantial de dones ce-

lestiales, gusto anticipado de la gloria, raiz de la inmortalidad, el mas ilustre testimonio del amor de Jesucristo y compendio divino de toda la Religion.

Hé aquí la razon del santo júbilo, del sublime entusiasmo con que la Iglesia alaba, bendice y glorifica al Señor, exclamando en el *Introito* de la Misa: *Alleluia, Alleluia, Alleluia*. Les dió de comer la flor de la harina de trigo y les hartó de la miel de la piedra. ¡Qué alabanzas, qué bendiciones, qué homenajes de gratitud no debemos tributar á nuestro Dios por un beneficio tan señalado, por un favor tan insignel! Jesucristo dice que él mismo es aquel pan exquisito, aquel pan vivo que ha descendido del cielo para dar la vida al mundo. El que come de este pan, vivirá eternamente. ¡Qué virtud, que eficacia, la de ese divino pan! Y al mismo tiempo, ¡qué gusto, qué dulcedumbre, qué suavidad! ¿Cómo no ha de darnos miel en abundancia aquel Señor amorosísimo

que nos dá á comer su propia carne? Esta es aquella miel dulcísima que brota de la piedra misteriosa que es Jesucristo sacramentado. *Petra autem erat Christus*. No pueden ser mas oportunas estas palabras inspiradas que la Iglesia canta como expresion de su gratitud y reconocimiento á los favores celestiales. Quería el régio Vate que todos los judios celebrasen dignamente las fiestas ordenadas por Dios en memoria de sus beneficios; y despues de haber hecho un resumen de todos los prodigios que obró el Señor en favor de su pueblo, concluye David refiriendo un milagro que sobrepuja á todos los demás, y es que los ha embriagado de dulzuras, y se ha dignado alimentarlos con un pan celestial que dá la vida. Cantad, cantad alegres las alabanzas de un Señor que siempre os ha protegido. Celebrad festivos las glorias del Dios de Jacob; entonad cánticos en honra suya; cantad himnos y loas, pulsad vuestros salterios y vuestras cítaras.

Nada mas propio que estas expresiones para hacernos entender el santo gozo, el júbilo inmenso y la viva gratitud que debe producir en nuestros corazones el amor de Jesucristo sacramentado. Pero ¿cómo entienden los cristianos este lenguaje amorosísimo de su Madre la Iglesia? ¿Cómo responden á las hermosísimas invitaciones de Jesucristo en el Augusto sacramento? ¿Cómo agradecen los ricos dones de su infinita caridad? ¡Ah! desde que he

subido á la cátedra sagrada, una voz misteriosa está resonando fuertemente en el fondo de mi espíritu, y es la voz de Jesucristo sacramentado que me dice desde el trono de su amor como en otro tiempo decia Dios á su profeta: *Clama, no ceses de clamar*. Pero Señor, ¿qué les diré, cómo he de clamar? Clama, levanta tu voz como sonido de trompeta y anuncia á los cristianos esta mi palabra: que nadie tiene un amor mas grande que yo; mas he aquí que mi pueblo se ha olvidado de mi todos los dias de su vida. *Majorem hác charitatem nemo habet..... Populus però meus oblitus est mei*.

Hé aqui, pues, el asunto de mis clamores, y el motivo de mis lágrimas: que Jesucristo nos ama hasta darnos su cuerpo, su sangre, su vida, su divinidad, y nosotros respondemos á su amor con el olvido y el desprecio. Oyé, pueblo cristiano, oye con atencion hasta donde te ama Jesucristo; pero escucha tambien hasta donde llega tu ingratitud para que te avergüences y confundas.

El angélico Doctor, Santo Tomás de Aquino, (1) panegirista sublime y cantor enamorado del Santísimo Sacramento, no pudiendo contener en su pecho la admiración y el entusiasmo en presencia del Augusto misterio del altar, atónito y como pasmado y fuera de sí, prorrumpie en esta exclamacion sublime: ¡Oh precioso, y admirable, y saluti-

(1) Serm. in Oposculo 57.

fero, y dulcísimo convitel. ¿Qué cosa puede haber mas excelente, mas rica y mas preciosa que este divino banquete donde se nos dan en alimento, no las carnes de los becerros y cabritos como en la ley antigua, sino el cuerpo santísimo del mismo Jesucristo, verdadero Dios? ¿Qué maravilla puede compararse con esta maravilla? ¿Dónde hay un amor que se parezca á este amor? Si por las obras se conoce el amor y por los beneficios recibidos la generosidad de los corazones, ¿qué entendimiento puede comprender, ni qué lengua puede expresar todo lo grande, todo lo sublime, todo lo tierno del amor de Jesucristo á los hombres? Porque ¿dónde hay una obra tan grandiosa como la Redencion? ¿dónde hay un tesoro tan precioso como la divina Eucaristia? ¿Puede concebirse amor tan extremado como dar la vida y derramar toda su sangre, y apurar hasta las heces el cáliz del tormento y de la infancia, no ya por sus amigos sino por sus mismos perseguidores é inhumanos verdugos? ¿Hay palabras para expresar las bondades de Jesucristo en la Eucaristia, y la inmensidad de riquezas que allí se contienen, y que á todos ofrece desde el trono sublime de su infinita caridad? *Majorem hac dilectionem nemo habet.* ¿Qué pecador no cae de rodillas contrito y humillado, avergonzado y confuso ante un Dios que muere por él en un pátibulo, cubierto de oprobios y saturado de afrentas? Y ¿qué cristiano, sino es un móns-

truo de ingratitud, dejará de bendecir con sus labios y adorar con rendido corazon un sacramento donde el Rey de los cielos, el Hombre-Dios se nos da en alimento, nos enriquece con sus tesoros y nos hace participantes de su misma divinidad?

El hombre es de tal condicion, dice un sábio católico, que se rebela contra la omnipotencia, se alza contra la justicia y resiste á la misericordia; pero cae en dulcísimo desmayo y como penetrado de amor, si por ventura oye la voz dolorida y lastimera de aquel que muere por él y que muriendo le ama. ¿*Por qué me persigues?* Esta es aquella voz temerosa aun mismo tiempo y amante que sueña de continuo en los oídos de los pecadores, y ese acento de queja dulcísima, amorosa y suave, es el que va derecho al corazon y penetra el alma, y la muda, y la trasforma, y la convierte toda á Dios y la obliga á buscar á Jesús por los poblados y por los desiertos, por los montes bravos y por las tierras llanas, por los campos agostados y por los vergeles. Aquella voz es la que enciende al alma en el casto y purísimo amor de Jesús y la que la lleva como enloquecida y desalada en seguimiento de sus embriagantes perfumes como la sed lleva al ciervo á los hermosos manantiales de aguas vivas.

Así tuvo cumplido efecto aquella palabra que pronunció Dios por Oseas diciendo: *In junculis Adam traham eos, in vinculis charitatis.* Los hombres han caído en

esa celada de amor que les tendió el Hijo de Dios vivo, blanda y amorosamente. Por él mudaron los hombres sus vidas, por él tomaron su cruz y dieron de mano á todos los placeres, y vivieron vida limpia y espiritual, y dieron á sus carnes castigos atroces, y entregaron su cuello á la cuchilla del verdugo. Jesucristo vino á poner fuego á la tierra, y la tierra comenzó á humear y luego á arder por todos sus cuatro costados, y de día en día se han ido extendiendo por todas las regiones las llamas poderosas de estos divinos incendios. Entonces fué cuando el corazón humano recobró su dignidad perdida por el pecado y cuando la llama del amor divino brotó de este corazón bañado en la sangre purísima del Cordero sin maravilla. Entonces fué cuando el mundo, valle de lágrimas, convirtióse, por la acción del amor divino, en valle de flores; y el hombre halló, en cada una de estas flores, para cada una de sus heridas un bálsamo que las retañase. Entonces fué cuando el suelo de Europa y este suelo bendito de España se vio cubierto de instituciones caritativas, de escuelas para los pobres, de asilos para los huérfanos, de hospitales para los enfermos, que la Iglesia levantó para derramar á torrentes los consuelos y las esperanzas sobre las víctimas del

dolor y del infortunio, como las nubes apacibles derraman la lluvia bienhechora sobre los campos agostados. Entonces fué cuando los pueblos renacieron á la verdadera vida, pura y brillante como el Sol de los cielos. Por el amor de Jesucristo Sacramentado, este fuego divino purifica los sentimientos, acrisola las pasiones, engrandece los afectos del alma y crea otros nuevos hasta hacer del corazón del hombre un vergel donde pueden arraigar las flores más hermosas del Eden de los cielos. Entonces fué cuando nació en el horizonte del mundo el Sol esplendoroso de la civilización cristiana, única verdadera que todavía ilumina con sus resplandores y vivifica con el calor de sus rayos los pueblos y naciones; porque todavía ondea sobre el mundo el estandarte de la Cruz, señal infalible de triunfos infinitos porque todavía vive Jesucristo Sacramentado en medio de nosotros como el sol en el firmamento para alumbrarnos con su luz, para fortificarnos con el divino manjar de su cuerpo santísimo, para purificarnos con su preciosísima sangre, para consolarnos con su amor, para darnos la victoria en este reñido combate, y para colocar sobre nuestra frente la corona de la gloria. Pero, ¿cómo pagamos á Jesucristo tantos y tan señalados beneficios espirituales y temporales? ¿dónde está la gratitud de los pueblos cristianos al amor de un Dios que los llamó de las tinieblas á la admirable claridad de su divina luz y

los ha sacado de la corrupción después de haberlos arrancado del seno de la barbarie? ¡Ah! señores; vosotros lo veis: los hombres con sus vicios, los pueblos con su criminal indiferencia, y las naciones cristianas que todo lo deben á la Religión, unas con sus farisaicas leyes, otras con sus brutales persecuciones y todas con el crimen de la mas negra ingratitud y de la mas horrenda perfidia, están provocandolas iras del cielo y llamando sobre sus culpables cabezas los tremendos castigos que tambien para las naciones ingratas tiene reservados la justicia de Dios. Verdaderamente que es criminal la conducta de los hombres. ¡Oh! La sociedad moderna es un monstruo de ingratitud. Lo que esta pasando hoy en el mundo, la horrible ingratitud con que los hombres y los pueblos responden al amor de Jesucristo, contrista el corazón, apena el alma, pero no me sorprende ni me asombra. Predicho estaba que Jesucristo no dejaria de ser hasta el fin de los tiempos el blanco predilecto de la mas abominable ingratitud y de las mas furiosas persecuciones. Ved lo que sucede durante su vida mortal sobre la tierra. Los profetas de Israel, dice un sabio escritor habian anunciado la venida del Redentor en la plenitud de los tiempos; habian escrito su vida, habian lamentado con tremendas lamentaciones sus tremendos infortunios, habian dicho sus dolores, habian descrito sus trabajos, habian contado una

por una las gotas que componian el mar de sus lágrimas; habian visto sus congijas y sus tormentos y sus vilipendios, habian levantado el acta de su pasion y de su muerte; á pesar de esto el pueblo de Israel no le conoció cuando vino y cumpli6 todas las profecias olvidado de sus profetas. Obró milagros nunca vistos ni oidos de los hombres, y apesar de esto se apartaban de él como si estuviera inficionado de la lepra. Por donde quiera que pasaba, iba repartiendo beneficios y consuelos. A los ciegos daba vista, á los enfermos salud, á los hambrientos hartura, á los afligidos consuelo, á los desamparados proteccion. Aquí conversa con el blasfemo, allí platica con la adúltera, mas allá discurre con el avaro, y cuando conversa con los pecadores, lo hace con tanto amor que las lágrimas se cuajan en sus ojos; y no obstante aquel pueblo ingrato le llena de ultrajes, llamándole malhechor, sedicioso y endemoniado. Él predicaba una doctrina maravillosa y verdadera; y lo era tanto que iba como perfumándolo todo con su estremeda suavidad y bañándolo todo con sus apacibles resplandores; él hacia una vida santisima; y lo era tanto que jamás sus enemigos aceptar6n el reto de que osaran señalar en sus acciones la menor sombra de pecado. Todas sus obras habian sido hechas en público y todas ellas daban testimonio de que él era Hijo de Dios; el Salvador prometido, el enviado del Padre para la reden-

ción del mundo y para consuelo de las gentes; y sin embargo aquel ingrato pueblo, viéndole tan pobre, tan manso y tan humilde, despreció su humildad, ultrajó su pobreza y escarneció su mansedumbre; y le vistió vestidura de escarnio, é hirió su rostro con vofetadas, y desgarró sus carnes con azotes, y taladró sus manos y piés con duro yerro y traspasó su frente con punzantes espinas, y agitado secretamente por las furias infernales, hizole apurar hasta las heces el cáliz del dolor en la Cruz despues de haber apurado el caliz de la infamia en el Pretorio. ¡Horrible ingratitude, nefando crimen que atrajo sobre el pueblo de Israel una nube de castigos espantosos. La sangre inocente de Jesús cayó sobre Jerusalem como una lluvia de fuego porque despues que tubo fin aquella sangrienta tragedia representada en el Gólgota con miedo del sol y con temblor de la tierra, vino sobre ella un ejército poderoso instrumento de las divinas venganzas y su templo, maravilla del mundo fué devorado por las llamas, y sus habitantes perecieron al filo de la espada y Jerusalem la ingrata convirtiósse en un monton de escombros. ¡Ay de los pueblos ingratos! ¡Ay de los pueblos que crucifican á Jesucristo! Sabe Dios con quanto dolor pronuncio estas palabras.

Tiendo en este momento por los pueblos cristianos mi vista conturbada, y no descubro mas que crímenes y no escucho mas

que blasfemias y no veo más que pueblos y naciones conjuradas contra el Señor y contra su Cristo (1) que ajustan contra la iglesia en odio á Jesús paces horribles y sacrilegas alianzas. ¡Ingratos! ¿Por qué bramais de coraje y meditais planes inicuos y haceis pactos sacrilegos contra el Señor y contra su Cristo? (2) ¿Por qué osais hacer pedazos los vínculos de la obediencia cristiana y arrojaís de vuestros hombros el suavísimo yugo del amor que la iglesia, madre amorosa y Jesucristo amorosísimo Padre os han levantado, desde el abismo de las tinieblas y de la abyección á las regiones de la luz y á la cumbre de la grandeza? ¿Por qué perseguís al justo y renovais el sangriento drama del calvario en la persona santísima del Padre más inocente, más tierno y más querido de todos los padres? Y tú España, hija predilecta de la Iglesia, porción escogida del rebaño de Cristo, tú que todo lo debes al amor de Jesucristo, la vida, la existencia, la nacionalidad, tus páginas de oro, tus siglos de grandeza y de gloria, y las refulgentes coronas con que ceñía tus sienas un mundo y otro mundo, ¿por qué respondes á tantos beneficios con el olvido y el desprecio? ¿Por qué osaste levantar altares al demonio enfrente de los benditos altares de Jesucristo sacramentado? ¿Por qué tomas parte en los consejos de los im-

1. Psalm. 2.

2. Ibid.

pios, (1) y levantas las manos contra el anciano venerable, contra el mártir de Roma que no cesa de llorar tu ingratitude y pedir al cielo el perdón de tus maldades y el remedio de tus grandes miserias? ¡Oh sociedad ingrata! ¡Oh pueblos infortunados! Vuestra ingratitude es horrible. Vuestros crímenes, llegarán á agotar el sufrimiento del Altísimo. Entonces os hablará el Señor en su ira, y con su furor llevará el espanto y la turbacion á los pueblos que le despreciaron, y regirá á las gentes con vara de hierro y quebrantará su soberbia como vaso de varro, (2) y los pueblos ingratos, y las naciones soberbias, aprenderán entonces en una leccion terrible, pero dolorosa que, si Jesucristo es un Dios de amor y misericordia para los pueblos agradecidos, tambien es el Dios de las venganzas para aquellos que le desprecian ingratos y se alzan soberbios contra el imperio soberano de sus soberanos mandamientos. No digo más, porque no hay necesidad de decirlo. Ahora os pregunto á vosotros, hijos fieles de la Iglesia. ¿Cómo respondeis vosotros á las divinas bondades? ¿Cómo agradeceis el amor infinito de ese Dios amantísimo que os redimió con el gran precio de su sangre, que os alimenta con su mismo cuerpo, que os enriquece con los dones de su gracia y os eleva

á una dignidad inestimable, (1) la más grande que existe sobre la tierra? ¡Ah! ¡Quien diera agua á mi cabeza y á mis ojos una fuente de lágrimas para llorar dia y noche la ingratitude de los hombres! Oid cielos, y tú tierra, escucha tambien mis palabras porque el Señor Dios ha hablado y se queja diciendo: «Hijos crié y ensalcé, y ellos me han menospreciado.» «Conoce el buey á su dueño y el asno el pesebre de su Señor, y el pueblo cristiano no quiere conocerme y se olvida de mí que soy su Dios, su Redentor y su Salvador» ¿Qué cosa más extraña, que no reconocer los hombres lo que reconocen las mismas bestias? (2) Y como dice San Gerónimo, no quiso el Señor comparar á los hombres ingratos con otros animales más entendidos, no los comparó con el perro, animal muy fiel y agradecido, que por un pedazo de pan defiende la casa del amo, sino con los bueyes y con los asnos para dar á entender que los ingratos á Dios son los más viles de los hombres. ¿Y qué vemos hoy entre los cristianos sinó el olvido y desprecio de los divinos beneficios? Si la gratitud cristiana consiste en alabar y bendecir á Dios, ¿qué es lo que oímos á todas horas sinó la voz del maldiciente y del blasfemo? Si la gratitud cristiana se revela en el cumplimiento de los preceptos divinos y eclesiásticos ¿qué vemos hoy sino la violacion de

1 Psal. 1.

2 Psalm. 2.

(1) Sto. Tomás, en el oficio del Corpus.

(2) Granada. Medits. cap. 13

las leyes divinas, el desprecio de los preceptos de la Iglesia y la profanación de los días festivos? ¿No vemos que se trabaja en estos días y se niega á Dios la obediencia que se le debe, y se sirve al demonio por un mezquino lucro, por una vil ganancia? ¿No veis cómo los días festivos que son tan santos, se convierten en días de pecado, de impureza y de escándalo? Manifiéstase la gratitud, sirviendo á Dios, amando á Jesucristo y procurando que todos le amen y que ninguno le ofenda, ¿pero qué vemos hoy sino pecados y obras de pecado? ¿Qué presenciamos todos los días sino el rápido progreso de todos los vicios y el triste espectáculo de la vanidad, de la impureza, y de la deshonestidad llevadas en triunfo por calles y plazas? ¿No es el colmo de la ingratitud responder con la ofensa y con el ultraje á un Dios que tanto nos ama? Sí; pero yo sé que hay otra manera de ingratitud, mas ofensiva, mas criminal, mas repugnante; y es el desden, el desprecio que hacemos del amor de Jesucristo. ¿Qué desea el Señor sacramentado sino ver á sus discípulos en torno de su mesa para comunicarnos sus misterios, para saciarlos con el manjar divino de su cuerpo, para embriagarlos con el vino de sus deleites, para entregarles su mismo corazón, su misma vida, su misma divinidad, todos sus tesoros y toda su gloria? Y sin embargo ved los lugares del mundo muy concurridos y la mesa del Señor desierta y

abandonada. ¿Cómo no han de crecer la inmoralidad y el vicio sino se quiere comer el pan que da la vida? Vivamos todos en el amor de Jesucristo y sea la gratitud como el aroma que perfume todas nuestras obras. Que Jesucristo sacramentado sea siempre el asunto de nuestros cantares, el objeto único de nuestros amores, el alimento frecuente de nuestro espíritu, y la delicia de nuestro corazón mientras peregrinamos por el camino tenebroso de esta vida, y en el momento de la muerte él será nuestro consuelo y nuestra fortaleza, nuestro alimento y nuestro viático para la patria de la inmortalidad, Amen.

LA LÁMPARA DEL TEMPLO.

(FRAGMENTO)

Yo de lejos te contemplo
 en la noche silenciosa,
 como amiga cariñosa
 que alumbra mi soledad:
 y de tí mi pensamiento
 vuela á la estrellada esfera,
 do espléndida reverbera
 del Creador la inmensidad.

Y si á deshora en el templo
 entro con tímida planta,
 lámpara tu, luz me encanta
 con su apacible lucir:
 en tí la imagen yo veo
 del alma, que siempre pura,
 cruza este erial de amargura
 con tranquilo sonreír.

Isabel Poggi de Llorente.